

JUSTO L. GONZÁLEZ



# JESUCRISTO ES EL SEÑOR

EL SEÑORÍO DE JESUCRISTO  
EN LA IGLESIA PRIMITIVA



Ediciones PUMA

JUSTO L. GONZÁLEZ



# JESUCRISTO ES EL SEÑOR

EL SEÑORÍO DE JESUCRISTO  
EN LA IGLESIA PRIMITIVA



Ediciones PUMA

# CONTENIDO

Prefacio . . . . .	5
Prólogo . . . . .	13
Introducción. . . . .	17
Parte I: El Señor de Israel . . . . .	29
1. La predicación de Jesús. . . . .	31
2. El nuevo Israel . . . . .	35
3. La reflexión teológica . . . . .	39
4. Notas para un nuevo siglo . . . . .	49
Parte II: El Señor del imperio. . . . .	55
1. César es el Señor . . . . .	57
2. El precio de la obediencia. . . . .	61
3. La reflexión teológica . . . . .	75
4. Notas para un nuevo siglo . . . . .	81
Parte III: El Señor de los filósofos . . . . .	87
1. La filosofía religiosa . . . . .	89
2. La reflexión teológica . . . . .	95
3. Notas para un nuevo siglo . . . . .	101
Conclusión . . . . .	107
Bibliografía. . . . .	109

## PREFACIO

**Aunque escrito unos años antes**, este libro se publicó por primera vez en 1971 por la Editorial Caribe. Luego fue reeditado en 1998 por la Editorial Unilit, y ahora Ediciones Puma, en Lima, tiene a bien pedirme que lo publique nuevamente. Al enfrentarme a esta tercera edición, debo reconocer que el contexto en el cual este libro se publica hoy, no es el mismo en el que fue escrito hace ya casi medio siglo. Ni es tampoco el contexto en el cual se reeditó en 1998. Para aquella segunda edición, escribí un prefacio en el que justificaba el no haber hecho cambios mayores, no porque no hubiera nada nuevo que decir, sino por veracidad histórica, para que el libro fuera el mismo que había publicado varias décadas antes. Hoy me parece necesario tener en cuenta los más importantes cambios que han tenido lugar, no solo en el mundo y en la iglesia, sino también en mi propia mente.

En el prefacio a la segunda edición, dije, entre muchas otras cosas que hoy reafirmo, lo siguiente:

Ciertamente, mucho ha cambiado desde aquella década del 60 en que escribí las líneas que siguen. Eran aquellos los tiempos de la Guerra Fría,

cuando se dudaba de si los regímenes democráticos podrían subsistir el embate ideológico, político y hasta militar del socialismo de Estado al estilo de la Unión Soviética. Eran las noches de la “seguridad nacional”, de los desaparecidos, de los regímenes que ocultaban su tiranía tras la excusa del anticomunismo. Eran los tiempos de las primeras exploraciones siderales, cuando nos maravillaban los “sputniks”, y cuando por primera vez vimos de cerca la superficie de la Luna. Eran los años del “rock and roll”, de los albores de la televisión en colores, de los automóviles grandes y las faldas cortas.

Hoy mucho de eso ha pasado. La Unión Soviética ya no existe, y del socialismo de Estado comunista no quedan sino unos pocos regímenes —algunos de ellos moviéndose cada vez más hacia la economía de mercado. Lo que hoy nos preocupa no es ya tanto ese socialismo totalitario que [...] va pasando como el auge que va tomando la economía de mercado, que parece juzgarlo todo a base de lo que se consume, y que en muchos aspectos resulta ser tan idólatra como cualquier otro sistema. La exploración del espacio sideral, aunque continúa, ha cedido el lugar de primacía en el interés popular a la computación, el espacio cibernético y la realidad virtual. Elvis, el mago del “rock and roll”, murió hace años, y se ha vuelto una especie de leyenda que alimenta la nostalgia de aquellos jóvenes de la década del 60 que no quieren envejecer. El año 1984, que para muchos en los 60 tenía connotaciones

apocalípticas [debido a una famosa novela de Orson Wells], ha pasado sin mayor estruendo. Ahora se acerca el 2000, y nos abocamos, no solo a un nuevo siglo, sino también a un nuevo milenio.

Cuando hoy releo lo que escribí en aquel prefacio, no me queda sino subrayar lo que allí dije. Asimismo, debo resaltar cómo la década que ha transcurrido desde entonces ha reafirmado y continuado mucho de aquello. Cerca ya al año 2000, vimos cuasi pánicos apocalípticos mayores que los de 1984. Elvis sigue siendo leyenda entre aquellos pocos que todavía quedan de su generación. Aún hay algunos regímenes donde impera el socialismo de Estado; pero estos son cada vez menos y poco a poco van abandonando su vieja ortodoxia marxista.

Si algo nos sorprende entre aquella segunda edición y la presente, es la explosión que ha habido y sigue habiendo en el cambio de las comunicaciones cibernéticas. Cada día aparece un nuevo aparato, una nueva aplicación, un nuevo sistema de intercomunicación. Señal de ello es que buena parte de lo que antes llamábamos investigar, hoy ha sido suplantado por nuevos medios de investigación, los cuales se resumen en la popularidad —al menos en ciertos círculos— del neologismo “googlear”.

Estos vertiginosos adelantos en las comunicaciones, así como en las ciencias, tienen por consecuencia que la mayoría de las personas de las nuevas generaciones se desentienda de la historia. Para ellas, es cosa superflua. Sin darnos cuenta, vamos perdiendo la memoria. Nos interesa solo lo de ahora, lo inmediato, el futuro y sus promesas sin límite. Hasta en la iglesia nos negamos a

cantar lo que no sea composición del momento. Lo que tenga más de veinte o treinta años es anticuado. Los viejos himnos que inspiraron a nuestros abuelos y bisabuelas, las oraciones que surgieron del corazón de los antiguos, ya no nos interesan.

Ese frenesí de novedad se ve hasta en el modo en que las multitudes se interesan en la historia. Conscientes quizá de la vacuidad de su vida, buscan dirección y sabiduría en tiempos pretéritos. Pero muchas veces no lo hacen ya en nuestro pasado cristiano, sino hurgando supuestos misterios mayas, hindúes, egipcios o babilónicos.

Por todo esto, me parece que el llamado a desempolvar y reconocer nuestra propia historia, y a encontrar en ella recursos para el presente —llamado que fue parte de la razón del presente libro— es hoy mucho más urgente que cuando originalmente escribí los ensayos que siguen.

Pero no solo el mundo y la sociedad han cambiado. En aquel prefacio de 1998, decía yo:

En lo personal, también yo he cambiado. Aquel joven extremadamente delgado que escribió las líneas que siguen, hoy tiene que cuidar su peso. Muchos de los sueños que en aquellos días parecían inalcanzables, y muchos de los proyectos que entonces me amedrentaban por su alcance y extensión, se volvieron realidad hace años. Mi teología también ha variado y se ha enriquecido con nuevas lecturas, nuevos encuentros, diferentes contextos, inesperados retos... Hasta el idioma ha cambiado, pues al leer lo que entonces escribí me maravilla ver que imaginé que “el hombre” era toda la humanidad,

y que la mujer de alguna manera iba implícita en el término, como algo que se da por sentado —o que no importa excluir.

Ante todo esto, ahora que se prepara esta tercera edición, no puedo sino decir “amén”. En cuanto al peso, hoy casi me he dado por vencido. En lo referido a los sueños y proyectos, ahora me dedico principalmente a alentarlos en colegas más jóvenes, quienes tienen mayores probabilidades de realizarlos. En cuanto al idioma, hoy me interesa, sobre todo, la cuestión de cómo un lenguaje que —como todos— refleja la violencia, las conquistas y los prejuicios que le dieron forma, puede adaptarse a mejores propósitos.

Por otra parte, al prepararse esta tercera edición, tuve que plantearme de nuevo la cuestión que me confrontó en ocasión de la segunda, es decir, hasta qué punto debía cambiar, corregir o aclarar lo que dije hace ya tantos años. Al respecto, creo que todavía son válidas las tres razones que aduje entonces para no variar el texto sustancialmente:

En primer lugar, porque, para sorpresa mía, aparte del lenguaje en lo que se refiere a la inclusión del sexo femenino, y de algunas alusiones a la fecha en que lo escribí, no encontré nada que realmente fuera necesario cambiar. Esto indica que, si bien mi teología ha cambiado y evolucionado, lo ha hecho en continuidad con lo que fui y lo que dije anteriormente. Ciertamente, si hoy fuese a escribir un ensayo sobre el tema del que ahora se reimprime, incluiría muchas cosas que no traté entonces —por ejemplo, la importancia del



contexto en la labor teológica, así como de las cuestiones culturales, económicas y políticas—. Pero no dejaría de decir lo que dije entonces.

En segundo lugar, decidí no volver a escribir lo anteriormente publicado, porque como historiador me siento en la obligación de respetar la historia. Lo que dije hace un tercio de siglo necesita corrección y amplificación; pero no de tal modo que se oculte lo que dije entonces.

En tercer lugar, me he sorprendido al releer lo escrito, y ver su pertinencia para la nueva situación al referirnos al siglo XXI. Ciertamente, al escribir una historia de la iglesia plantearía varias preguntas que no hice entonces. Pero con todo y eso, estoy convencido de que lo que se dice en las páginas que siguen será de valor para los cristianos y cristianas del siglo XXI, en su tarea de dar testimonio en esta nueva edad de lo que ha sido y será cierto a través de las edades: que Jesucristo es el Señor.

Como en la edición anterior, todo esto me ha llevado a limitar las correcciones que he realizado. Algunas son cuestión de estilo o de aclaración mediante alguna breve frase de algo que estaba oscuro. También se ha actualizado la acentuación ortográfica según las nuevas reglas de ortografía de la Real Academia Española, las cuales omiten la tilde en el adverbio “solo” —es decir, solamente— y en los pronombres demostrativos como este, ese, aquel, etc., en algunos casos.

Lo que sí he hecho es añadir, luego de cada una de las secciones principales del libro, unos breves comentarios

que llevan por título “Notas para un nuevo siglo”. Estas han de leerse como aclaraciones, añadiduras y puestas al día de lo que se dice en la sección que precede a cada nota.

También me parece necesario aclarar que este opúsculo, aunque es de carácter histórico, no pretende explicar ni matizar todo lo que se dice. Por ejemplo, a pesar de que podría decirse y debatirse mucho sobre cuestiones tales como la “conversión” de Constantino y del Imperio romano, me he limitado sencillamente a mencionar los hechos y tratar sobre algunas de sus consecuencias.

Por lo demás, termino este prefacio reafirmando lo que dije en 1998. Me place que se haya decidido reeditar este libro por tanto tiempo agotado (ahora por Ediciones Puma), pues así se me da la oportunidad de proclamar una vez más lo que creí en la década de los sesenta, creo todavía y seguiré creyendo por la eternidad: que por encima de todos los tiempos, todos los regímenes, todas las ideologías, por encima de la vida y de la muerte, y hasta de todas las teologías y religiones,

¡Jesucristo es el Señor!

¡A él sea la gloria por todos los siglos!

*JUSTO L. GONZÁLEZ*

*Decatur, GA*

*Navidad del 2010*

## PRÓLOGO

**Basta un somero análisis** del Nuevo Testamento para concluir que el meollo del mensaje proclamado por los primeros predicadores cristianos fue el señorío de Jesucristo. Para ellos, no había duda de que a Aquel que voluntariamente marcara como límite de su humillación la muerte vergonzosa de la cruz, Dios le había dado el más alto honor y el nombre más importante de todos: *Kyrios*, Señor. Y, nutridos de la esperanza de que un día la soberanía de Jesucristo sería reconocida universalmente, se esparcieron por el mundo con las buenas nuevas de que “todos los que invocan el nombre del Señor serán salvados”. Es que Jesús mismo les había dicho: “A mí se me ha dado toda autoridad en el cielo y en la tierra. Vayan, pues, a las gentes de todas las naciones y háganlos mis discípulos”.

Jesucristo es el Señor: esto fue punto de partida a la vez que meta, confesión al mismo tiempo que mensaje, de la misión cristiana en tiempos neotestamentarios. Pero fue también el fundamento sobre el cual la iglesia de los primeros siglos erigió, mediante la reflexión teológica, una fortaleza para hacer frente a los desafíos representados sucesivamente por el judaísmo, el culto imperial y la filosofía pagana. Así lo demuestra este pequeño libro.

Se trata estrictamente de un ensayo histórico. Como tal, se caracteriza por la ya conocida seriedad del autor de esas dos obras monumentales: la *Historia del pensamiento cristiano* y la *Historia de las misiones*. Otra vez Justo L. González ha demostrado que en él la iglesia cuenta actualmente con uno de los más competentes narradores de su historia.

Decía José de la Luz y Caballero que “la infancia gusta de oír la historia; la juventud, de hacerla, y la vejez, de contarla”. González parece decirnos que no es necesario esperar la vejez para contar la historia y que, antes de tratar de hacerla, la juventud debe ejercitarse en el arte de escucharla. Su invitación a hurgar en el pasado es urgente, puesto que se dirige a una “iglesia joven” —la iglesia en Latinoamérica— que ha perdido casi por completo la memoria de su origen y desarrollo históricos.

Efectivamente, en estas tierras es muy poco lo que sabemos de nuestro pasado. Tenemos un conocimiento vago de los comienzos de la iglesia según Los Hechos de los Apóstoles y una noción superficial de la Reforma, eso es todo. Los “padres de la iglesia” o los “apologistas griegos” pertenecen a épocas pretéritas y nos tienen sin cuidado; las herejías de los primeros siglos, como el docetismo, el gnosticismo y el ebionismo, a lo mucho las conocemos de nombre. En una palabra, carecemos de perspectiva histórica. Por lo mismo, estamos mal equipados para hacer frente a las cuestiones que el mundo moderno nos plantea como cristianos. Somos una iglesia sin reflexión teológica, lo cual equivale a decir: una iglesia que fácilmente se convierte en presa de las ideologías de turno o los entusiasmos del momento. “Sin mucha teología es posible tener un hombre pero no una iglesia fiel a Dios. Será primero una iglesia débil y

luego una iglesia mundana; no tendrá la firmeza necesaria para resistir la superficialidad del mundo, sus claras definiciones y sus métodos positivos” (P. T. Forsyth).

En este contexto, la labor literaria de González tiene una importancia singular: es una recuperación de la memoria de nuestro pasado como movimiento histórico y como pueblo de Dios. Y esta toma de conciencia del pasado no puede menos que colocarnos en mejores condiciones para el cumplimiento de la misión que como iglesia tenemos en el presente. En el caso de este libro, lo que el autor nos ofrece es más que un nuevo ensayo histórico: es un modelo para la reflexión teológica. A riesgo de caer en una simplificación, nos atrevemos a sugerir brevemente tres pautas que se podrían derivar de ese modelo y que tienen vigencia para la teología de hoy:

1. Pensar teológicamente es pensar desde el punto de vista de Dios, que nos es dado en la revelación, lo cual equivale a pensar desde la perspectiva del Señor Jesucristo, en quien se revela Dios. En otras palabras, el punto de partida de la teología es Jesucristo.
2. La teología solo tiene sentido cuando se pone al servicio de la iglesia. No es un fin en sí, sino un medio para la confirmación de los creyentes y la comunicación del evangelio. Tiene sentido en función de la vida y misión de la iglesia.
3. La teología cumple su propósito en cuanto toma en serio los desafíos que el mundo contemporáneo presenta a la fe cristiana. La respuesta a los interrogantes del hombre de hoy, no puede limitarse a apelar a la experiencia cristiana, sino que debe dar “razón de la esperanza” que tienen los seguidores de Jesucristo.

Es probable que el lector avisado discierna en las páginas de este libro otros lineamientos para la teología, aparte de los que aquí señalamos. Basten estos para subrayar la actualidad del estudio histórico de esa vieja confesión con que la iglesia primitiva encaró los desafíos de su tiempo: Jesucristo es el Señor.

A su manejo magistral de las herramientas de la investigación científica, González une la claridad propia de un escritor acabado. En contenido y en forma, este libro, aunque pequeño, es un valioso aporte a la literatura evangélica latinoamericana.

*Buenos Aires, abril de 1971.*

*C. RENÉ PADILLA*

# INTRODUCCIÓN

*Kyrios Iesus*, Jesús es el Señor; *Kyrios Cristos*, Cristo es el Señor. Estas dos afirmaciones —que son en realidad una sola— constituyen el centro de la proclamación cristiana a través de los siglos.

*Kyrios Iesus* fue el primer credo de la iglesia cristiana, la causa de las grandes persecuciones y el grito de triunfo de los mártires despedazados, porque en aquel *Kyrios Iesus*, expresaba la iglesia de los primeros años la esencia misma de su fe.

*Kyrios Iesus*: Jesucristo es el Señor. Si la iglesia de hoy ha de ser la Iglesia de Jesucristo, su tarea está en proclamar que hoy, al igual que siempre, *Jesucristo es el Señor*.

Pero proclamar no significa simplemente decir, ni tampoco gritar. Proclamar significa anunciar, por todos los medios posibles, que Jesucristo es el Señor. Significa que la predicación de la iglesia ha de ser tal que en ella se manifieste no la habilidad del predicador, sino el señorío de Jesucristo. Significa que la vida de la iglesia debe presentar ante el mundo no simplemente una moralidad superior, sino lo que es la vida bajo el señorío de Jesucristo. Significa que el gobierno de la iglesia ha de fundamentarse no en simples consideraciones de orden práctico, sino en

el gobierno de Jesucristo sobre el mundo. Significa, en fin, que cada paso debe darlo la iglesia bajo la medida de su confesión primitiva y perenne: Jesucristo es el Señor.

Esto es hacer teología. Porque la teología no es cuestión de especular acerca de los más recónditos misterios de la sustancia divina, sino que se trata de hablar de Dios allí donde Dios mismo se nos da a conocer: en Jesucristo el Señor. Es cuestión de confrontar siempre a la iglesia con el Señor, quien constituye el centro de su proclamación, y de preguntarle entonces: ¿Es este el Señor que estás predicando? Es cuestión de que la iglesia sea la iglesia.

Alguien pensará tal vez: “Entonces esto no me interesa. Esto es cuestión de teólogos, de gentes que no tienen otra cosa que hacer”. Pero quien así piense no habrá comprendido todavía lo que estamos diciendo: que la teología no es asunto de los teólogos; que es tarea impuesta a cada creyente en Jesucristo; que es imposible ser cristiano y no tener teología. Es posible, sí, tener una teología mala. Pero es imposible no tener ninguna. La teología es el modo como interpretamos el señorío de Jesucristo sobre la iglesia y el mundo. Si nuestro modo de ver y vivir la fe cristiana es tal que no proclamamos el hecho fundamental de que Jesucristo es el Señor, entonces nuestra teología es mala. Si, por el contrario, nuestra manera de ver y vivir la fe cristiana es tal que colocamos cada instante bajo el lente del señorío de Jesucristo, entonces nuestra teología es buena. Buena teología es, pues, la que lleva a la iglesia a proclamar en cada acto y decisión que Jesucristo es el Señor. Es aquella que a cada paso se coloca a sí misma bajo la medida con que mide el resto de la vida de la iglesia, y proclama así, con docilidad y obediencia, que Jesucristo es el Señor.



Este volumen está dedicado al señorío de Jesucristo según lo proclamaba la iglesia primitiva. Sin embargo, nuestro interés no se basa en ese romanticismo tan difundido en nuestras iglesias, el cual nos hace pensar que la iglesia primitiva era el ideal de lo que debe ser la iglesia, y que nuestra tarea como cristianos del siglo xx<sup>1</sup>, está en conformarnos a las prácticas de la iglesia del siglo I. Semejante modo de ver la iglesia primitiva, es contrario a los hechos de la historia y opuesto también al señorío de Jesucristo que queremos proclamar, pues coloca a la iglesia de un determinado período en el lugar que corresponde solo al Rey de reyes y Señor de señores. Sí, nuestra situación es distinta a la de nuestros hermanos de los primeros siglos, y nuestra obediencia ha de ser también diferente. Pero la Persona a quien rendimos obediencia es una misma, y en ella se basa la unidad de la iglesia a través de los siglos.

¿Por qué, entonces, una discusión del señorío de Jesucristo en la iglesia primitiva? Porque fue en aquella iglesia donde surgió la confesión *Cristos Kyrios*, y fue ella la que primero proclamó al mundo semejante fe. Y debido a que, en cierto sentido, los problemas de la iglesia de hoy son semejantes a los de la iglesia de los primeros siglos.

En las siete décadas que van de este siglo<sup>2</sup>, han muerto por su fe muchísimos más cristianos de los que se calcula murieron en los tres siglos que transcurrieron entre la Crucifixión y la conversión de Constantino. La iglesia de los primeros siglos existía dentro de un Estado

---

1 O del siglo xxi, para esta tercera edición.

2 Se refiere a las siete primeras décadas del siglo xx, teniendo en cuenta que este libro se publicó por primera vez en 1971 (nota del editor).

que reclamaba una fidelidad de carácter religioso. Hoy vemos surgir —tanto en el totalitarismo como en el nacionalismo— Estados que reclaman también una lealtad casi religiosa. ¿Qué haremos ante esta situación? Tal vez la iglesia primitiva tenga algo que enseñarnos.

Los primeros cristianos tuvieron que enfrentarse a filosofías que pretendían convertirse en religiones. Nosotros estamos rodeados de sistemas filosóficos —marxismo, existencialismo, positivismo, pragmatismo— que pretenden también convertirse en religiones. ¿Cómo proclamaremos el señorío de Jesucristo por sobre todas estas filosofías? Tal vez la iglesia primitiva tenga también algo que enseñarnos en este contexto.

Por ello —porque tenemos que proclamar el señorío de Jesucristo en una situación semejante a la de los primeros siglos— examinamos en este libro la confesión *Cristos Kyrios* allí donde nació: en la iglesia primitiva. En el futuro quizá, haya ocasión de relacionar esta confesión con otros aspectos de nuestra vida moderna.

## Notas para un nuevo siglo

En los años transcurridos desde que por primera vez publiqué estas palabras, han ocurrido cambios que es necesario tener en cuenta si verdaderamente hemos de continuar proclamando, no ya a mediados del siglo xx, sino en el xxi, que Jesucristo es el Señor. Aunque algunos de ellos han tenido lugar dentro de la iglesia, y otros han hecho impacto sobre la humanidad toda, el hecho es que no es posible separar lo uno de lo otro, pues la iglesia siempre vive y busca ser obediente dentro de un contexto que la sobrepasa, es decir, dentro de un mundo en el cual buena parte no reconoce el señorío de Jesucristo.

Entre los cambios que merecen atención especial, cabe mencionar primero la nueva configuración geográfica y demográfica de la iglesia. Cuando este libro fue originalmente escrito, el centro del cristianismo todavía parecía estar en el Atlántico del Norte —en un eje que corría desde Europa hasta los Estados Unidos—. Los dos grandes centros misioneros eran Londres y Nueva York. Cuando estudiábamos teología, dábamos por sentado que esta fluía normalmente de Norte a Sur, de modo que la casi totalidad de lo que leíamos venía de los Estados Unidos, Alemania o Inglaterra. Cuando se hablaba de misiones, se pensaba en términos de una parte del mundo mayormente cristiana enviando misioneros a aquella otra parte en la que las iglesias eran todavía débiles o no había iglesia alguna.

Hoy todo eso ha cambiado. Si a principios del siglo xx la mayoría de los creyentes eran de raza o, al menos, de cultura europea, hoy ya no es así. Ahora existen más presbiterianos en Corea que en Estados Unidos; y esas iglesias coreanas envían muchísimos más misioneros al resto de mundo que la Iglesia de Escocia, madre del presbiterianismo. Si a mediados del siglo xx, cuando se estudiaba teología, se leían libros escritos originalmente en inglés o alemán, hoy hasta en Estados Unidos y Europa se estudian libros escritos originalmente en español u otras lenguas de lo que antes llamábamos el “Tercer Mundo”.

Al tiempo que todo esto iba teniendo lugar dentro de la iglesia, había cambios paralelos en el mundo entero. Aunque ya a mediados del siglo xx hablábamos acerca del fin del colonialismo, existía todavía una especie de neocolonialismo cultural del que muchas veces no nos percatábamos, pero que, por ello, no era menos real. En

buena parte de América Latina, se miraba el extranjero como fuente y criterio de cultura, al tiempo que se descuidaban y menosprecian nuestras culturas autóctonas. Había quien hablaba del surgimiento de una cultura universal impulsada por las nuevas tecnologías, y hasta se anunciaba que pronto esa cultura universal llevaría al olvido de las diversas culturas regionales.

Hoy sabemos que la cosa no es tan sencilla, aunque, ciertamente, los nuevos medios de comunicación cibernética, y la digitalización de la música, los libros y las artes nos han llevado a tiempos de sorprendente universalización cultural. Hoy es fácil escuchar música *rock* tanto en Calcuta o Lagos como en Nashville. Ahora no me sorprende estar en Manila y escuchar a alguien cantando “Guantanamera”, o encontrarme en Escandinavia y ver a la gente bailando mambo. Pero eso no quiere decir que las viejas culturas estén en proceso de desaparecer. Se encuentran en proceso de cambio, sí, pero no de desaparición. En aquella misma Manila donde se escuchan las notas de la “Guantanamera”, hay todo un resurgir de las antiguas culturas que fueron suprimidas, primero por los españoles y luego por los norteamericanos. En algunas partes del globo, como en el mundo árabe y la India, existen fuertes movimientos de oposición al impacto cultural de Occidente, de modo que, al tiempo que buena parte de la tecnología occidental se acepta y hasta se mejora, se rechazan los elementos culturales y sociales en que esa tecnología viene envuelta. En consecuencia, si antes era fácil hablar de “la cultura” o “culturas dominantes”, hoy ya no lo es tanto. Las culturas se mezclan, se afectan mutuamente, resisten a algunos cambios y reciben otros con entusiasmo. En otras

palabras, las culturas son realidades vivientes y, por lo tanto, sumamente complejas.

A esa complejidad se añade la franca decadencia de buena parte de los presupuestos de la modernidad. Aunque no es posible en este breve espacio describir esos presupuestos —ni el modo en que la postmodernidad los cuestiona—, cabe señalar, al menos, que la modernidad afectó profundamente a la teología. Tanto el llamado “modernismo” como el fundamentalismo tradicional llevaban el sello de la modernidad; en consecuencia, las nuevas condiciones que van surgiendo —y que algunos llaman “postmodernidad”— nos presentan retos y oportunidades que no soñábamos a mediados del siglo xx<sup>3</sup>.

Por otra parte, un elemento casi universal tanto en la iglesia como fuera de ella, es el reconocimiento del papel que las mujeres tienen —y siempre han tenido— en la formación y transmisión de la cultura y la fe. Cuando hace medio siglo, empecé a escribir mi *Historia del pensamiento cristiano*, ni siquiera me percataba de que lo que estaba escribiendo era en realidad una historia del pensamiento de los cristianos varones. Pero, poco menos de dos décadas más tarde, al escribir *Historia del cristianismo*, ya me iba percatando de que era necesario señalar la contribución de las mujeres tanto a la vida cotidiana de la iglesia como a su pensamiento teológico. Índice de esto es que, mientras en la primera de esas dos obras me refería, como lo habían hecho los historiadores por espacio de siglos, a los “tres grandes capadocios” —Basilio de Cesarea, Gregorio de

---

3 Sobre esto he escrito otro breve libro, que debe ser publicado por la editorial Mundo Hispano aproximadamente al mismo tiempo que este.

Nacianzo y Gregorio de Nisa— en la segunda, los tres se habían vuelto cuatro con la inclusión de Macrina, a quien Gregorio de Nisa llamaba la “Maestra”.

No cabe duda de que este nuevo reconocimiento de la contribución y perspectiva femeninas encuentra resistencia dentro y fuera de la iglesia. En el mundo árabe, buena parte de eso que algunos llaman “fundamentalismo musulmán”, se nutre del temor de que, a consecuencia de influencias externas, las mujeres abandonen el sitio que tradicionalmente les ha correspondido en esas sociedades. Hay que defender el antiguo orden de dominio masculino a toda costa —y esto al punto de apedrear a una mujer porque su vestimenta es supuestamente inmodesta, o porque se le ha visto en la calle conversando con un varón que no es de su familia—. Pero no nos apresuremos a condenar tales hechos sin, al mismo tiempo, reconocer que en algunos sectores de la iglesia ocurre algo paralelo, aunque no en igual grado.

Paralelamente, dentro de la iglesia misma, han tenido lugar varios cambios notables que es preciso tener en cuenta. El primero de ellos es el enorme crecimiento del movimiento pentecostal y carismático. Aunque el famoso avivamiento de la calle Azusa en Los Ángeles tuvo lugar medio siglo antes de publicarse la primera edición de este libro, su impacto todavía parecía no ser más que un nuevo factor entre muchos. En cambio, hoy el avivamiento pentecostal resulta ser uno de los más notables fenómenos del siglo xx. Esto se ve en el enorme crecimiento de las nuevas denominaciones surgidas de ese avivamiento. Pero se ve también en los movimientos carismáticos dentro de iglesias más tradicionales, incluso la Iglesia Católica Romana.

En parte, como consecuencia del movimiento pentecostal, la teología del siglo XXI se empieza a ocupar del Espíritu Santo como no lo hizo nunca antes. Ciertamente, desde tiempos del Nuevo Testamento y a través de toda su historia, la iglesia ha afirmado su fe en el Espíritu Santo, pero nunca antes le prestó la atención que le presta hoy. Y así debe ser, pues si el propósito principal de la teología es juzgar, afirmar y corregir la proclamación de la iglesia a la luz del evangelio, resulta claro que uno de los temas más urgentes es precisamente este del Espíritu Santo.

Hoy no basta con decir, como afirmé en la primera edición de este libro, que “Jesucristo es el Señor”, sino que se debe añadir que solamente por obra del Espíritu podemos hacer tal aseveración; que sin la acción del Espíritu Santo no hay fe en Jesucristo ni proclamación cristiana. Además, al mismo tiempo, se debe insistir —como lo hace la Primera Epístola de Juan— en que no todo lo que pretende ser espiritual es del Espíritu Santo. Asimismo, debe quedar claro que el modo de determinar qué es o no es del Espíritu, es la confesión de que “Jesucristo es el Señor”. En consecuencia, nos hace falta tanto una cristología pneumatológica como una pneumatología cristológica. Y esta será una de las grandes tareas teológicas del siglo XXI.

Existen otros dos elementos en la teología del siglo XXI que, aunque asomaba ya a mediados del XX, no han surgido a la superficie sino en décadas más recientes. El primero de ellos es el nuevo interés en la escatología. En algunas de nuestras iglesias, esto toma matices absurdos e incluso peligrosos. Así, por ejemplo, hay quien piensa que la escatología es cuestión de discernir si vamos por la cuarta o la quinta trompeta, y si la bestia apocalíptica es

fulano o mengano. Si el Señor lo permite, algún día escribiré más sobre esto. Por lo pronto, baste decir que tal supuesta “escatología” es antibíblica y que frecuentemente hace de ella un tema de miedo y hasta de terror. La verdadera escatología bíblica es cuestión de esperanza —de una esperanza firme como la roca— en lo que sabemos es la promesa del cumplimiento de los tiempos y el reino de Dios. Tristemente, por largo tiempo las supuestas escatologías nos han ocultado el valor y la necesidad de una verdadera escatología bíblica. Felizmente, hoy van surgiendo nuevas corrientes teológicas que se percatan de que toda teología cristiana ha de ser una teología de la esperanza y que, por tanto, la escatología no ha de verse como un apéndice de la teología, sino como factor determinante en el centro mismo de la tarea teológica y la fe de la iglesia.

Por último, se debe mencionar el modo en que todo lo referido al orden social y económico ha venido a ser tema central de la teología contemporánea. Cuando por primera vez estudié teología, la disciplina que se ocupaba de tales cosas se llamaba “ética social”, una especie de apéndice de los estudios teológicos en el cual se intentaba aplicar a la vida en la sociedad las doctrinas y principios de la fe cristiana. Hoy todo esto se ve de otra manera. El contexto social en que vivimos no es solamente el lugar en el cual hemos de aplicar de manera práctica lo que la teología nos enseña de manera abstracta, sino que es parte del contexto mismo en el que ella toma forma. Por ejemplo, si antes hablábamos del modo en que el monoteísmo cristiano ha de afectar el orden social, hoy es necesario reconocer también la forma en que el orden social en el cual vivimos —y nuestras propias agendas socioculturales— deja su huella sobre el modo en que entendemos a este Dios en



quien creemos. Hoy no podemos hablar de una “ética social” construida sobre bases teológicas, sin hablar, al mismo tiempo, de una teología con bases éticas y sociales.

Todo esto no significa que no debamos seguir proclamando, como la ha hecho la iglesia a través de los siglos, que Jesucristo es el Señor. Significa que debemos ver ese señorío en términos aún más amplios que los señalados en la primera edición de este libro: que el Señor de Israel, de los filósofos y del Imperio romano sigue siendo nuestro Señor, Señor de nuestra vida y nuestra historia.

*“Jesucristo es el Señor: esto fue punto de partida a la vez que meta, confesión a la vez que mensaje, de la misión cristiana en tiempos neotestamentarios. Pero fue también el fundamento sobre el cual la iglesia de los primeros siglos erigió, mediante la reflexión teológica, una fortaleza para hacerles frente a los desafíos representados sucesivamente por el judaísmo, el culto imperial y la filosofía pagana. Así lo demuestra este pequeño libro”.*

C. René Padilla

# JESUCRISTO ES EL SEÑOR

*El autor, con un manejo magistral de las herramientas de la investigación, nos ofrece en este volumen un estudio histórico de aquella confesión con la que la iglesia primitiva enfrentó los desafíos de su tiempo: Jesucristo es el Señor. Se trata, pues, de un estudio de innegable actualidad puesto que “por encima de todos los tiempos, todos los regímenes, todas las ideologías, por encima de la vida y la muerte, y hasta de todas las teologías y religiones, ¡Jesucristo es el Señor!”*

**Justo L. González**, es de origen cubano y residente en los Estados Unidos. Estudió en el Seminario Evangélico de Teología de Matanzas (Cuba), obtuvo su doctorado en teología en la Universidad de Yale (EE.UU.). Es miembro fundador de la Asociación para la Educación Teológica Hispana, profesor visitante del Princeton Theological Seminary, fue profesor del Seminario Evangélico de Puerto Rico y en la Candler School of Theology de Atlanta (Georgia, EE.UU.). Es autor de muchos libros.



Ediciones PUMA

ISBN 978-9972-701-73-3



Teología — Teología histórica